

Un mal no sólo francés

Javier de Lucas

La revuelta de la *banlieue* como síntoma

Los numerosos análisis de los conflictos de los suburbios –la revuelta de la *banlieue*– que protagonizaron el otoño francés del 2005 permiten formular hipótesis de interpretación no sólo diferentes, sino contrapuestas. Esta divergencia se ha acrecentado en los últimos meses ^①, al hilo de la campaña presidencial, en la que inevitablemente tales revueltas han reaparecido como argumento de debate.

Al margen de su utilización como arma electoral, lo cierto es que las elecciones presidenciales de 2007 han constituido en cierto modo un test acerca del interés y de la voluntad de respuesta política convencional por parte de los protagonistas de la revuelta de la *banlieue*, en la medida en que la posible movilización de su voto ha podido ser entendida como un medio para romper la espiral de segregación y despolitización que atrapa a buena parte de sus habitantes, para vencer la «democracia de la abstención» o, para ser más claro, el extrañamiento democrático, el alejamiento de los ritos electorales, que caracteriza a buena parte de esa población. En buena medida, puede decirse que hay un primer resultado positivo en el test: más de un millón de nuevos electores inscritos, con un notable porcentaje entre los jóvenes de las *banlieue*. Y de esa forma han contribuido a una participación electoral récord en esa primera vuelta, en la que votó el 85% de los electores, un dato confirmado en la segunda vuelta.

Pero el test va más allá. Podría decirse que, en cierto modo, las presidenciales aparecen como un test de la capacidad de reacción del país mismo, frente a lo que ha dado en llamar la «crisis francesa», el *mal* francés, del que las revueltas de 2005 serían un síntoma. En realidad, ese estado de malestar social –verdadera *malheur* y no sólo *malaise*– viene de lejos. Como ha recordado S. Naïr ^②, tuvo su primera manifestación generalizada en el trauma nacional de la primera vuelta de las presidenciales de 2002, con el plebiscito forzado a favor de Chirac para evitar a Le Pen. Tres años después, se confirmó a través del resultado negativo del referéndum sobre el Tratado constitucional europeo en mayo de 2005 y, como decía, habría encontrado su expresión emblemática en esas revueltas de otoño de 2005 y luego en las movilizaciones contra el CPE en 2006. El malestar francés no sería sólo un estado de melancolía ante la decadencia de Francia debida a la pérdida de centralidad o influencia –de *grandeur*– en Europa y en el mundo. Tampoco nacería sólo de la constatación de la creciente incapacidad para hacer frente a los desafíos de la globalización desde un modelo social que se considera la especificidad francesa y que al mismo tiempo constituiría el principal obstáculo para la modernización. Es también una crisis que toca el nervio mismo de su sistema político, pues se traduce en una distancia, un escepticismo, una desconfianza generalizada de los ciudadanos respecto a los partidos tradicionales e incluso en cierta medida respecto al modelo institucional de la V República (por ejemplo, el sistema electoral, el mecanismo de control parlamentario, el papel del presidente, etc.), aquejadas de tanta caducidad como resistencia al cam-

Javier de Lucas es catedrático de Filosofía del Derecho de la Universitat de Valencia y, en la actualidad, director del Colegio de España en la Cité Universitaire de París.

① Cfr. Por ejemplo Th. Sauvadet, *Le capital guerrier. Concurrence et solidarité entre jeunes de cité*, A. Colin, 2007; S. Tissot, *L'État et les quartiers*, Seuil, 2007; S. Roché, *Le frisson de l'Ermeute. Violences urbaines et banlieues*, Seuil, 2007; V. Delahaye/R. Rochefort, *Promesses de banlieue*, ed. de L'Aube, 2007; S. Rouche, *Apologie du casseur*, Michalon, 2007; J. Bordet, *Oui à une société avec les jeunes de cités! Sortir de la spirale sécuritaire*, eds de l'Atelier, 2007; N. Dendaune, *Lettre ouverte à un fils d'immigré*, Danger public, 2007. C. Fourest, *Le choc des préjugés*, Calmann-Lévy, 2007; D. Bourgon, *Un sens à la vie*, Seuil/arte, 2007. Es particularmente interesante el trabajo de campo de N. Tafferant en su *Les Bizness. Une économie souterraine*, PUF, 2007. Y debe consultarse el colectivo dirigido por J.-Y. Authier, M.-H. Bacqué y F. Guerin-Pace, *Le quartier: enjeux scientifiques, actions politiques et pratiques sociales*, La Découverte, 2007.

② «Elecciones en Francia: entre el drama y la tragedia», *El País*, 21 de abril de 2007.

③ Según el sondeo anual de TNS-Sofres, en marzo de 2006, el 53% de los franceses pensaban que la democracia no funciona bien en su país y que el Parlamento no es representativo. Algunos, como Ranciére, *La Haine de la démocratie*, La fabrique, París, 2005, insisten en que más que crisis o malestar democrático, lo que se produce es una respuesta de rechazo ante la evidencia cada vez mayor de la separación entre lo que la democracia es y significa y aquello a lo que de hecho se la reduce.

④ Sobre esa tensión y sobre la democracia de rechazo, cfr. Rosanvallon, *La contre-démocratie. La politique à l'âge de la défiance*, Seuil, París, 2005.

⑤ Por eso, hay quienes como Y. Sintomer —uno de los inspiradores de la propuesta de jurados ciudadanos adoptada por S. Royal en su programa— llegan a hablar de la necesidad de una «nueva gramática de la acción pública y de la política». cfr. *Le pouvoir au peuple, jurys citoyens, tirage au sort et démocratie participative*, La Découverte, París, 2007.

bio ③. El extraordinario porcentaje de participación en las presidenciales de 2007 podría ser interpretado como una respuesta positiva frente al escepticismo, pero probablemente el miedo al desastre de 2002 ha sido un factor de peso en esa afluencia masiva. Aunque también es evidente que el importante resultado obtenido por la opción que proclamaba la ruptura con el sistema (Bayrou —UDF— alcanzó el 18% en la primera vuelta) tiene mucho que ver con el hartazgo ciudadano frente al modelo de un sistema político enrocado en el juego de poder de los dos partidos mayoritarios.

Quizá habría que señalar —y esto me parece relevante— que la crisis, en cuanto manifestación de la ruptura de equilibrio en ese nervio constitutivo de la democracia que es la tensión entre confianza y desconfianza, no es en absoluto una particularidad francesa, pues la aparición de lo que se da en llamar la «democracia de rechazo» es hoy un fenómeno común entre las viejas democracias ④. Probablemente como reacción a esto, según ha sugerido entre otros el mismo Rosanvallon, los candidatos presidenciales —sobre todo Sarkozy, Royal y Bayrou— con distintos acentos, han tratado de cultivar la dimensión de proximidad a los ciudadanos, para salvar ese abismo que no deja de ensancharse entre las preocupaciones y el lenguaje de unos y otros ⑤. Pero eso y otros pequeños síntomas de carácter transnacional, como el florecimiento de los espacios televisivos en los que los ciudadanos pueden interrogar directamente a los políticos («tengo una pregunta para Vd»), no suponen de suyo una transformación relevante, pues, aunque den testimonio de la toma de conciencia por la clase dirigente en casi todas las democracias occidentales acerca de la necesidad de acomodar la democracia de opinión —la democracia mediática—, no se renuncia a ese formato de espectáculo, y no se concreta en transformaciones institucionales, en medidas reales de cambio. En todo caso, de ser cierto, como creo, la generalización o el carácter generalizable de ese malestar democrático, ello constituiría un aliciente más para detenerse en el estudio de la manifestación francesa de ese mal: las causas y las posibles respuestas

Pero antes de entrar en la interpretación de la trascendencia de aquellos acontecimientos me parece necesario apuntar un par de matizaciones sobre el escenario del debate.

La primera es señalar lo que —a mi juicio— constituye una de sus más llamativas contradicciones. Porque si bien hoy existe un acuerdo casi pacífico entre los estudiosos en el sentido de que el estallido de otoño de 2005 no fue —ni exclusiva, ni aun prioritariamente— un fenómeno ligado a la inmigración, eso no ha impedido en absoluto la utilización del vínculo entre inmigración y revueltas en la propaganda y el debate electoral para la presidencia propiciados por algunos candidatos. Y no sólo —como cabía prever— por la extrema derecha (Le Pen, Villiers), sino también por la UMP y desde luego, personalmente, por el candidato Sarkozy, el autor del estigma más simplificador contra la revuelta que, según el incendiario ministro del Interior, no habría sido otra cosa que vulgar delincuencia protagonizada por *racaille* —chusma, escoria— a la que hay que barrer. Por descontado, creo que nadie puede dudar de que detrás de los disturbios hubo grupos de delincuentes y muy probablemente conforme avanzaron esos problemas su presencia fue mayor, pero eso no permite tal grado de simplificaciones. Precisamente este argumento se relaciona directamente con una segunda consideración previa.

En efecto, la verdad es que, aunque no falten excepciones brillantes ⑥, una parte de los análisis de los que disponemos acerca de las *émeutes* de 2005 parece responder a hipó-

⑥ Entre las que me permito destacar el notable y sintético trabajo de F. Torres, «Los barrios "sensibles" y la revuelta urbana francesa», *Página Abierta*, 165/diciembre 2005, págs. 6-10, cuya lectura sigue siendo a mi juicio aconsejable y al que volveré en estas páginas.

⑦ Emblemática es también la reacción del mismo Sarkozy frente a los disturbios de la Gare de Lyon (el 27 de marzo de 2007), que redujo al hecho evidente de la existencia de gentes que tratan de viajar sin billete y a los que calificó públicamente de delincuentes frente a los que no cabe otra respuesta que la sanción penal, so pena de abdicar del mínimo de respeto a la ley y el orden. Por eso, Sarkozy aprovechaba la oportunidad para reivindicar el mensaje firme de la contundencia policial frente a la criminalidad, y ridiculizar a quienes insistían en que ello no debía ocultar la necesidad de reflexionar sobre el hecho de que estallidos como ese revelan algo más. Por ejemplo, la desconfianza creyente frente a la policía, por no hablar del malestar social.

⑧ Hay que recordar que los primeros conflictos de este tipo se remontan a los disturbios de Vénissieux, en 1981. Cfr. El libro colectivo coordinado por M. Wiewiorka con el título *Violence en France*, Seuil, Paris, 1999, o el de H. Lagrange, *De l'affrontement à l'esquive. Violences, délinquances et usages de drogues*, Syros, Paris, 2001. Como recuerda Torres, Lagrange (en coincidencia con quienes han recuperado la importancia de la categoría de reconocimiento, añadiría yo) reitera que la rebelión de los jóvenes de los suburbios no expresa sólo el «déficit de tener» —la pobreza, el paro, la falta de expectativa de bienestar— sino también el «déficit de ser», esto es, de la ausencia de respeto y reconocimiento. En su «Ce que nous avons appris sur les nuits de novembre», publicado en *Le Monde* el 25 de enero de 2006, Lagrange insiste en que lo que está en crisis no es sólo los instrumentos de integración laboral, sino el modelo mismo de socialización. Por otra parte, resulta sintomático que el cine ya hubiera ofrecido con antelación una descripción de todo lo que se incubaba. Véase por ejemplo la película de Mathieu Kassovitz *La haine (El odio)*. Es interesante contrastar esta película con la más reciente *L'esquive (La escumidiza)* de Abdellatif Kechiche, un retrato más humano, aparentemente dulcificado pero quizá más complejo, de la vida cotidiana en los HLM.

⑨ Cfr. p. ej., Beck, «La revuelta de los superfluos», *El País*, 27 de noviembre de 2005; asimismo, J. Goytisolo, «Paris después de la batalla», *El País*, 25 de noviembre de 2005.

⑩ Cfr. *L'Erneute de novembre de 2005. Une révolte protopolitique*, ed. du Croquant Savoir/Agir, <www.atheles.org>, 2007. Asimismo, *Bandes, le milieu et la bohème populaire. Etude de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires*, Belin, 2007.

tesis que se sitúan en los extremos de la hagiografía o la demonización, las fórmulas que propician su manipulación por la propaganda electoral, su utilización como argumento *pro domo sua*. Así, hay quienes han visto en esos movimientos los síntomas de una nueva era política, más o menos inconscientemente abanderada por esa especie de vanguardia revolucionaria que encarnarían los jóvenes de la *banlieue* en su rechazo de un sistema que institucionaliza para sectores cada vez más amplios de la población la pobreza, la exclusión social, la discriminación jurídica y política, al menos de facto. Pero también podemos encontrar entre esos análisis los de quienes proponen una clave de lectura casi estrictamente securitaria frente a lo que consideran simplemente un fenómeno de delincuencia organizada, ligado al desarrollo de las nuevas bandas o mafias juveniles —las nuevas «clases peligrosas»— en los barrios de la periferia de las grandes ciudades. Precisamente, como decía, este segundo enfoque es el que reapareció en las últimas semanas de la primera vuelta de la campaña, sobre todo tras la propuesta del candidato de la UMP de crear un Ministerio de Identidad Nacional e Inmigración, que supuso —para regocijo, pero también para preocupación de Le Pen, que veía usurpado su discurso— la recuperación del recurso al factor inmigración en clave de orden público y seguridad ⑦. Basta con mencionar la reacción de Le Pen en la noche del 22 de abril, tras constatar sus peores resultados en las elecciones presidenciales. Le Pen adujo que sus electores habían emigrado hacia Sarkozy, pero que él había ganado la «batalla de las ideas», pues había conseguido que los franceses reconocieran que las suyas —inmigración, seguridad, identidad y orgullo nacional— son las verdaderas prioridades.

Posibles claves de interpretación

Por mi parte, seguiré una hipótesis que, en rigor, no es nueva ⑧, pero que ha sido reformulada al hilo de los disturbios de 2005 por Beck, Goytisolo o Ramonet ⑨ o más recientemente por Mauger ⑩, entre otros. Se trata de la interpretación que, junto a la dimensión económico-laboral, subraya el déficit político —o prepolítico— que subyace a las revueltas. Estos acontecimientos serían sobre todo expresión de la denuncia de un estado de dominación, más incluso que de exclusión, que convierte a todo un grupo de sujetos no sólo en infraciudadanos —infrasujetos— sino en sujetos invisibles, ecuando no en objetos intercambiables, superfluos, privados de los más elementales niveles de reconocimiento y respeto. Las revueltas expresarían, así, sobre todo «un estado de indignación colectiva» y por eso Mauger por ejemplo las califica como *protopolíticas*. Creo que esa interpretación de Mauger se ajusta mejor a los elementos que definen la *crisis francesa*. Porque, a mi juicio, los rasgos más importantes que permiten entender el alcance de ese malestar y que, por tanto, habría que analizar a la hora de formular la interpretación de las revueltas, son tres, estrechamente relacionados entre sí:

(1) El traumático proceso de transformación de la «cuestión social». Un proceso que se produce en un marco de referencia política que, si bien se ha desterritorializado por referencia al Estado como consecuencia de la globalización, se reubica en esos *territorios de la ausencia* que son los barrios periféricos, los *banlieues*. Eso es lo que permite entender a la *banlieue* como nuevo espacio político o al menos prepolítico, en cuanto escenarios de ese conflicto que puede ser calificado como «migajas de guerra civil», caracterizadas por la aparición de la «violencia molecular», por utilizar las expresiones que propuso hace años H. M. Enzensberger. Creo que, a ese respecto, conviene releer la sintética visión ofrecida por F. Torres y que

① Cfr. Torres 2005: 6-7, donde alertaba sobre la necesidad de matizar el análisis que identifica esas realidades a las que se alude casi indistintamente con los tópicos de la *banlieue*, *quartiers sensibles* (en realidad *Zones urbaines sensibles*, ZUS es la denominación administrativa) o las viviendas HLM (*habitation a loyer modéré*) como los espacios por antonomasia de la exclusión, la violencia y el estigma. Piénsese que hablamos de más de 570 barrios sensibles y de casi 250.000 HLM. Pero el mismo Torres concluye que los estallidos de violencia de 2005 son consecuencia de «un entorno social construido en 20 años de proceso segregacionista, desigualdad étnificada y estigma social» (Torres, 2005: 8).

② Sobre esto, véase el trabajo colectivo dirigido por Baudin y Genestier, *Banlieues à problèmes*, Paris, Documentation Française, 2002.

insiste en la importancia y complejidad de esa dimensión territorial ①, tal y como se formula en la «politique de la ville», institucionalizada en Francia a partir de 1991 con la creación del Ministerio de la Ciudad ②. En realidad, como propone Torres, se trata de un modelo de intervención social/estatal en clave de lógica de territorio, que en no poca medida ha provocado efectos perversos de segregación, discriminación y exclusión y que afecta a cuatro millones y medio de personas, es decir, a más del 7.5% de la población de Francia. Es una muestra muy clara de la dificultad de evitar que las políticas de segmentación del territorio lleguen a producir segregación social y discriminación, porque ese es en el fondo su objetivo implícito, alejar a las clases peligrosas. Pero el objetivo de alejamiento acaba convirtiéndose en deserción, en desentendimiento de los poderes públicos y de los agentes sociales, que desertan de un territorio en el que finalmente sólo hacen acto de presencia para la represión espectacular de la criminalidad amenazante que se ha apoderado de los territorios en cuestión, *quod erat demonstrandum*. Se envía así al resto de la ciudadanía el mensaje correcto: existe amenaza, esa amenaza está localizada y os defendemos de ella.

Lo explicaba con claridad una de las voces más escuchadas durante las revueltas, la del alcalde de Evry y diputado socialista Manuel Valls, que se pronunciaba así en una entrevista: «Lo que está sucediendo no es sólo el problema de unos barrios: son los problemas de Francia, de la sociedad francesa, que nos estallan en la cara. Estamos pagando 30 años de segregación social, territorial y étnica. Lo que sucede es un espejo de la Francia que vive en la miseria y padece una crisis de identidad. Hemos perdido el sentido de lo que es ser francés. Además, estos 30 años perdidos van acompañados por tres años de un Gobierno conservador cuyas primeras decisiones fueron dismantelar lo que ahora nos hace más falta: por un lado, los empleos jóvenes, que puso en marcha con éxito Jospin y, por otra, la desaparición de la policía de proximidad, integrada en los barrios, conocida por la gente y en la que confían, y que también actúa como represora cuando hace falta. Porque yo soy partidario de una policía de orden contra la delincuencia, pero la apuesta de Sarkozy de tener sólo una policía represiva es lo que ahora pagamos tan caro».

Por eso, como sostiene Torres, el fracaso de la política de ciudad está en el origen directo de la revueltas, aunque no sea el único factor. Un fracaso cuyas manifestaciones tocan a los ingredientes básicos de la cohesión, de la integración republicana, puesto que hablamos de fracaso escolar (abandono de la escuela en la medida en que esta se revela inútil para la mejora de las expectativas de vida), de fracaso laboral (el paro golpea a los barrios sensibles en proporciones de dos a uno respecto a la media nacional), de fracaso familiar (familias desestructuradas y sustituidas por las pandillas o bandas) y de fracaso de participación social y política, porque la república no puede ser vista como bien común en el que conviene participar (en todo caso hay un asociacionismo defensivo frente a la degradación de la calidad de vida, pero no participativo, y parte de ese asociacionismo deriva a grupos marginales o criminales).

(2) La aparición de una nueva dialéctica en el tradicional enfrentamiento que subyace al recurso a la violencia —no sólo material sino sobre todo simbólica— entre quienes poseen su monopolio y quienes lo desafían, y que tiene mucho que ver con las nuevas formas de intervención/desentendimiento del Estado, que salen a la luz precisamente con ocasión de las políticas de los «barrios sensibles» iniciadas en los 80. Esa dialéctica se ahonda y radicaliza en la medida en la que quienes encarnan visiblemente la violencia

legítima no están presentes cotidianamente en la función de sostén del orden y de la cohesión social, sino que sólo irrumpen de modo ocasional en esos territorios y cuando lo hacen utilizan frecuentemente esa violencia de forma ostensiblemente arbitraria, desdibujando la única línea que permite reclamar el adjetivo de legitimidad, la sujeción a reglas, la imparcialidad. Al mismo tiempo, ante el vacío del poder, el monopolio de la violencia es objeto de disputa –simbólica y física– entre los grupos que la ejercen, de la forma más primitiva, en esos territorios.

En ese sentido, es interesante el fenómeno de la aparición de bandas juveniles de pequeña delincuencia ligada al trapicheo, a la economía clandestina, a la droga –el *deal*, el *business*–, con la figura de sus *caids* que aparecen como los nuevos líderes, los ejemplos a seguir. Pero, como destacó agudamente el periodista norteamericano David Brooks ¹³ quizá resulta no menos interesante, desde el punto de vista de los mecanismos que alimentan la respuesta de indignación y violencia, y para comprender su función, el fenómeno del *gansta rap*, las letras de las canciones que han escandalizado por su violencia, por su machismo, pero también en muchos casos por la cruda expresión de la desesperación y el resentimiento frente a esa madre Francia que les niega. El *gansta rap* muestra la utilización de los mecanismos de la sociedad del espectáculo, la misma que les rechaza, como violencia expresiva. Y al espectáculo, a la presencia en las imágenes de la televisión –más incluso que en las portadas de la prensa– es a lo que aspira también quien protagoniza los disturbios. Se trata de llamar la atención, no sólo para escupir la rabia como se hace en las canciones, sino también para estar presente, para que *ellos* tengan que prestar atención, ocuparse, tomar medidas en atención a quien de otro modo se siente invisible. La función clásica, política al fin, de interpelación a los otros, a la opinión pública, a quienes bloquean su acceso a las expectativas de mejora.

(3) Todo lo anterior concurre en la reivindicación creciente y generalizada del reconocimiento como motor social, sobre todo en clave negativa, como reacción, es decir, como indignación, si no como resentimiento. Esta acumulación de la rabia es también manifestación de impotencia, de frustración de cualquier expectativa de recibir la respuesta de respeto y el acceso a la igualdad que se supone al alcance de todos los ciudadanos pero que no existe para los jóvenes de la *banlieue*. El vínculo político republicano se revela como retórica, como una falsa promesa para quienes han sido abandonados por los poderes públicos y por los principales agentes sociales. Eso es cierto también para quienes, hijos o nietos en su mayoría de inmigrantes llegados hace medio siglo, fueron sometidos al experimento social teóricamente exitoso del *rouleau compresseur*, el modelo de asimilación republicana. Es también esta frustración, a mi juicio, lo que explica el desplazamiento en términos de identidad de la lucha antes encauzada sobre todo en términos de ciudadanía y derechos. Porque los enfrentamientos que estallan en otoño de 2005, pero que ya existían y continúan hoy, tienen mucho de mecanismo de autoafirmación, de reclamación del fuego como recurso para atraer la atención, un sucedáneo del respeto y reconocimiento que se les niega. Y en la medida en que esa negación pueda aparecer vinculada a rasgos identitarios –sobre todo étnico-religiosos– y, lo que es peor, se sugiere el carácter de semillero del terrorismo (más allá de la hipótesis tradicional de «ejército de reserva de la delincuencia») que tendrían esos rasgos, la bomba de relojería está servida.

¹³ «Gansta rap in France», *The New York Times*, 17 noviembre 2005, donde escribe: «Cuando el rap llegó por primera vez a Francia, los raperos estadounidenses dominaban la escena, pero ahora los barrios de inmigrantes de la periferia han creado sus propias estrellas en su propio idioma. Las letras del rap francés actual son como las del gansta estadounidense de hace unos cinco o diez años, cuando era más habitual fantasear sobre asesinatos de policías y violaciones cometidas por bandas. La mayoría de las letras no pueden reproducirse en este periódico, pero pueden hacerse una idea de ellas, por ejemplo, a partir de un fragmento de una canción de Bitter Ministry: "Otra mujer se lleva una paliza. / Esta vez se llama Brigitte. / Es la mujer de un policía". O éste, del celebrado disco de Mr. R. PolitKment IncoreKt: "Francia es una guerra. No olvides follarla hasta el agotamiento. ¡Debes tratarla como a una zorra, tío! ¡Mis negrazos y mis árabes, nuestro terreno es la calle con más pistolas!"».

La política del menosprecio

Hablamos, pues, de la transformación traumática de la cuestión social. Es cierto que la dimensión más evidente de la fractura social sigue siendo el problema de desigualdad, estructural y creciente, que cierra las expectativas de avanzar mediante el mercado laboral en ese proceso de ascenso y estabilidad social, mal llamado integración. Así se generaliza la indignación frente a la precariedad, advertida como condición permanente, porque los denominados «mileuristas» están incluso varios escalones por encima de la situación en la que viven los jóvenes de la *banlieue*, abocados en el mejor de los casos a los trabajos eventuales y precarios, cuando no a esa forma de criminalidad conocida como *business* en el argot de los barrios. La toma de conciencia acerca de la imposibilidad de acceder a un trabajo estable, de integrarse, es común a las revueltas de 2005 y a la batalla social de los jóvenes frente a la propuesta del CPE del Gobierno de Villepin. Como se ha señalado, a diferencia de los hoy denostados rebeldes del 68, que querían derruir el sistema, los alborotadores de 2005 se quejan precisamente de no poder formar parte del sistema, de no poder disfrutar de sus ventajas como los demás. Los jóvenes de la *banlieue*, aislados en el interior de esos «barrios sensibles» (el problema de la ausencia de medios de transporte directos que permitan viajar fácilmente a y desde los barrios periféricos no es en absoluto menor), son escolares que han abandonado la escuela porque no ven futuro en ella, parados que no pueden aspirar más que al trabajo precario o a la economía clandestina vinculada a la delincuencia, hijos que no encuentran en la familia el ámbito de apoyo y sustento sino una condición de frustración. Por eso hay un déficit, un vacío que hay que tratar de colmar como primera tarea: el de la recuperación de la autoestima.

Por eso puede decirse que la revuelta fue un fenómeno de indignación, más aún que mero rechazo, que resulta de la toma de conciencia de que la promesa de la participación en la riqueza, de acceso al bienestar prometido a todos los ciudadanos, no es universal y que se reduce cada vez más, algo que se manifiesta emblemáticamente en la desaparición del *ascensor social* como mecanismo de corrección¹⁴. Pero no es sólo un problema del mecanismo de movilidad social, sino del propio modelo de socialización. Es una promesa rota que separa y enfrenta no sólo a clases sociales, sino que cada vez más se presenta como un choque de generaciones que se ven privadas de la *lógica* esperanza de bienestar. Un choque en el que se advierte la exclusión que padecen dos franjas generacionales opuestas: por arriba, el temor creciente de los trabajadores que son golpeados por el paro sin expectativa de reencontrar trabajo estable y menos a partir de los 40 (la tasa de desempleo en la franja de edad de 55-64 años alcanza el 37.9%, una de las más altas de Europa), así como el temor creciente de las clases pasivas a verse desatendidas. Por abajo, la frustración que experimentan buena parte de los jóvenes que ya no van a poder vivir el modelo de acceso temprano al trabajo estable (la tasa de paro de los menores de 25 es del 21.6%), y por ello tampoco al acceso a la vivienda ni a una vida autónoma, las claves de la inserción y de la cohesión o al menos la estabilidad social.

Pero el efecto más radical de la transformación de la cuestión social es que, junto a ese incremento de la fractura que constituye la desigualdad, se produce otra falla reciente que ahonda en la división social y contamina de ilegitimidad la vida política. En efecto, la fractura social aparece cada vez más como un problema de la multiplicación de las manifestaciones de ausencia de respeto y de reconocimiento, acorde con la condición irrelevante

¹⁴ Esa es, por ejemplo, la visión de T. Garton-Ash, en su artículo significativamente titulado «Europa debe hacer caso de las llamas», publicado en medio de los disturbios (13 de noviembre de 2005). Más recientemente, ha reiterado sus tesis, cuando escribe: «mi impresión, reforzada después de hablar con jóvenes de esas banlieues, es que esos problemas, en sí, están seguramente mucho menos agudizados en Francia que en el Reino Unido. Los jóvenes me dijeron, en un francés fluido, que lo único que quieren es que la República Francesa cumpla su promesa de tratarles como a iguales y ofrecerles puestos de trabajo. Pero, claro, si el desempleo juvenil en su conjunto es del 22%, ¿qué posibilidades hay de que eso ocurra, sobre todo cuando los que llegan de las banlieues a solicitar empleo se encuentran con barreras discriminatorias adicionales? Que les den trabajo y verán cómo se sienten inmediatamente franceses» (El País, 22 abril 2007).

(superflua, intercambiable) que sufren sus protagonistas. Es la violación del principio democrático que consagra la igualdad del otro como sujeto. Y por eso, cuando se produce tal ruptura hay una quiebra que afecta a la democracia misma, a la política. Eso, como creo que ha destacado con acierto una corriente de filosofía política que encabeza Taylor y que ha revitalizado Honneth en su revisión de la importancia de la noción hegeliana de reconocimiento, está en relación directa con el proceso creciente de desafección generacional del contrato político que se revela como una barrera, o, al menos, como un status bloqueado para los recién llegados (para los jóvenes, *last comers*, pero también para los inmigrantes, los auténticos *new comers*).

La clave estaría en la generalización de dos de las formas de menosprecio (en el sentido profundo de ausencia explícita de reconocimiento, no sólo de omisión) de las que habla Honneth ¹⁵, el menosprecio que se manifiesta en la negación de derechos y en la exclusión de la comunidad jurídica y política y el menosprecio hacia los valores propios de una forma de vida calificados como indignos, como un obstáculo para la propia realización, para el progreso. Una y otra no sólo producen exclusión, sino también la pérdida de autoestima, la autodestrucción. Muy concretamente, y en relación con la primera de estas dos manifestaciones, en una reciente entrevista ¹⁶ a propósito del debate sobre el modelo social que, según parece, los europeos no tenemos claro cómo ni hacia dónde reconducir, Honneth ha vuelto a insistir en la importancia de las exigencias de reconocimiento y en el marco normativo que debe asegurar su satisfacción, como pistas para reconstruir ese modelo. No se trata del típico discurso multiculturalista, de la reivindicación de diferencias culturales, de derechos de diversidad. El filósofo alemán subraya que el motor de esta demanda de reconocimiento, que en algunos casos –como se vió en Francia– alcanza una expresión colectiva cercana a la angustia, si no a la desesperación, sería el acceso y la garantía universal –igual, que no mecánica, uniforme– de los derechos sociales, algo que padecen en primera persona los protagonistas de los sucesos que comentamos. En todo caso, la propuesta de Honneth es una receta nada popular ahora, sobre todo entre buena parte de quienes se autocalifican de reformadores sociales. En cuanto a la segunda forma de menosprecio, huelga culaquier comentario sobre su generalización en esos «territorios de ausencia» y está en relación directa con la construcción de identidades alternativas que en buena medida acaban encontrándose en esas fuentes de identidad que precisamente entendemos como amenaza.

Quizá no hemos reparado suficientemente en el hecho de que el proceso de desmantelamiento de esos derechos –palancas de igualdad real– no tiene consecuencias sólo en términos de pérdida de capacidad adquisitiva o de empeoramiento de las condiciones laborales. Es el sentido más profundo de la precarización como condición social definitoria. Como señalara Rocard, la lógica de esta etapa del capitalismo, la de la precarización, trata de reducir el trabajo a mercancía cuyo coste es preciso abaratar, y al trabajador en objeto intercambiable cuya necesidad de seguridad es un obstáculo para el beneficio. Para eso, es necesario un trabajo de demolición de las reglas, comenzando por las del Derecho del trabajo. Pero con la extensión de la precarización es el estatus mismo del trabajador como sujeto de Derecho, como ciudadano y protagonista del espacio público, el que desaparece por el sumidero. Y es lo que sucede no sólo en las propuestas más abiertamente neoconservadoras, sino incluso en buena parte de estos procesos de *flexiseguridad* que se nos quiere presentar como inevitables, aunque no en todos: Finlandia no es Dinamarca. Con la pérdida de la estabili-

¹⁵ Cfr. Honneth, A., «Integrity and Disrespect: Principles of a Conception of Morality Based on the Theory of Recognition», *Political Theory*, 1992, 20(2), 187-201. Honneth, A. *La lucha por el reconocimiento. Por una gramática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Crítica, 1997.

¹⁶ Cfr. *Le Monde*, 22 de marzo de 2007.

dad laboral, como con la mercantilización progresiva del derecho a la salud, o la relativización del derecho a la previsión social, los trabajadores (y aún más quienes se encuentran en los márgenes: los jóvenes, los parados, sobre todo a partir de los 40 años) no sólo experimentan graves dificultades en la satisfacción de sus necesidades básicas, sino que les alcanza el proceso de desarraigo en su sentido más profundo de desintegración personal y social, que con tanta claridad fue descrito a mitad de siglo pasado por Simone Weil.

El virus del desarraigo se extiende y con él crece la fractura social –en particular en clave generacional–, y la necesidad de encontrar alternativas de reconocimiento fuera de los mecanismos que habíamos creado y hoy se revelan impotentes. Insisto en la obviedad de que el incremento del fenómeno de las bandas juveniles tiene mucho que ver con esa necesidad que somos incapaces de satisfacer a través de los viejos cauces de la familia, la escuela o el trabajo. Y cuando hablamos de colectivos particularmente vulnerables, a quienes no se facilita precisamente la vida familiar, ni la inserción en la escuela, ni en el trabajo, en condiciones de igualdad, la consecuencia es que la necesidad de encontrar ese reconocimiento mediante mecanismos y prácticas que se ajustan a lo que siempre hemos considerado manifestaciones de desviación, marginación o delincuencia, crece exponencialmente. Y aumenta el resentimiento, un veneno social más peligroso que las pandemias aviares.

En definitiva, lo que los jóvenes protagonistas de las revueltas advirtieron es que el contrato republicano, la ciudadanía republicana, funciona para los otros, para los adultos, y entre ellos para quienes viven instalados en el corazón del sistema. No para los jóvenes y menos para quienes habitan el territorio de la ausencia. Surge así un ingrediente relativamente nuevo –al menos por su generalización– respecto a los tradicionales procesos de marginación y exclusión, el desprecio. La constatación de que la marginación, la falta de expectativas, la exclusión social está vinculada a su condición de habitantes de ese territorio, los suburbios, las otras ciudades, se une a otro elemento que niega la pretensión de la igualdad republicana, la discriminación que sigue existiendo, en forma de recelo pero incluso de trato desigual. Un rechazo –desprecio incluso– que se refuerza en razón de la visibilidad del origen plural, diferente (de la diferencia étnica), pese a la proclamada *ceguera* republicana, la versión asimilacionista, francesa, del postulado liberal-norteamericano de la justicia *blind-coloured*, pues recordemos que en Francia está incluso prohibida la existencia de bases estadísticas públicas que consignen los datos relativos a origen étnico o adscripción religiosa. La anécdota relativa al rechazo que reciben los curricula cuyos nombres manifiestan ese origen ajeno al francés de *couche*, de pura cepa, es categoría que destruye esa presunción.

Creo que esto es lo que ha sabido explicar muy claramente Beck. Me permito transcribir un extenso párrafo del artículo ya mencionado: «A la sombra de la globalización económica, cada vez más personas se encuentran en una situación de desesperación sin salida cuya característica principal es –y esto corta la respiración– que sencillamente ya no son necesarios. Ya no forman un “ejército en la reserva” (tal como los denominaba Marx) que presiona sobre el precio de la fuerza de trabajo humano. La economía también crece sin su contribución. Los gobernantes también son elegidos sin sus votos. Los jóvenes “superfluos” son ciudadanos sobre el papel, pero en realidad son no-ciudadanos y por ello una acusación viviente a todos los demás. También quedan fuera del mundo de las reivindicaciones de los trabajadores. ¿Qué son para la sociedad? “¡Un factor de gastos!”. La “poca utilidad” que les queda es que se mueven por el odio y una violencia sin sentido; al final

incluso provocan destrozos, y con este drama real que asusta a los ciudadanos ofrecen a los movimientos y políticos de derechas la posibilidad de destacarse. En Alemania, pero también en muchos otros países, se cree de manera realmente obsesiva que hay que buscar las causas que llevan a los jóvenes inmigrantes alborotadores a la violencia en las tradiciones culturales de origen de estos inmigrantes y en su religión. Los estudios empíricos sobre esta cuestión, realizados por excelentes sociólogos, demuestran lo contrario: no se trata de los inmigrantes que no se han integrado, sino de los que sí lo han hecho. Mejor dicho: hay una contradicción entre la asimilación cultural y la marginación social de estos jóvenes, que alimenta su odio y su predisposición a la violencia. Pues no se trata precisamente de inmigrantes anclados en su cultura de origen, sino de jóvenes con pasaporte francés, que hablan perfectamente el francés y que han pasado por el sistema escolar francés, pero a los que, al mismo tiempo, la sociedad francesa de la igualdad los ha marginado en auténticos guetos “superfluos” en la periferia de las grandes ciudades... Esto explica que los jóvenes actores de la revuelta de los suburbios se refieran a su situación en términos de dignidad, derechos humanos y marginación».

Esa reacción frente al desprecio es lo que se hace visible en la aparición de los grupos de diferente carácter que protagonizan la revuelta, pues junto a las mencionadas bandas hay que hablar de movimientos de amplio espectro. Por ejemplo, en el caso que nos ocupa, asociaciones como *Ni putas ni sumisas*, o la agrupación ACLEFEU¹⁷ que impulsó en toda Francia a lo largo de 2006 la elaboración de los *cahiers de doléances* que debían ser entregados en la Asamblea Nacional en el primer aniversario de los disturbios. Esta iniciativa, por su raíz histórica que remite al origen de la República, tenía una connotación indiscutible de repolitización, aunque evidentemente se trataba de un mensaje político completamente distinto del discurso partidista/electoralista habitual. El propósito era recuperar el diálogo directo con los ciudadanos para «permettre aux gens de mettre des mots sur leurs maux», para mostrar que también en esos barrios hay gentes que militan por la construcción política. Porque, aunque no siempre se subraya cuando se habla de las revueltas, más allá de los disturbios, de las quemas de coches y del juego de desafío a lo que es visto como la otra banda –la policía–, son esos grupos los que protagonizan la reacción más interesante, la respuesta política o al menos prepolítica de indignación como expresión del estado de cosas en el *territorio de la ausencia* en que se han convertido buena parte de los barrios en cuestión, que tienen en común la realidad y el horizonte del fracaso (escolar, laboral, cultural), que –insisto en ello– es una forma muy particular de manifestación del proceso de exclusión.

La democracia de los ciudadanos. La pista francesa

Precisamente por todo lo anterior, esta es una cuestión política o al menos prepolítica: no tiene sentido hablar de representación y menos aún de participación política si no se da el mínimo de respeto y reconocimiento. En esas condiciones, lo que se produce es la sustitución de la democracia de adhesión (de la representativa, no digamos de la participativa) por una democracia de rechazo, como insiste el ya mencionado Rosanvallon¹⁸. Se evidencia así que se ha producido una pérdida, una degradación de la condición de ciudadanía, como resultado de su identificación exclusiva en términos formales, técnicojurídicos y por eso apolíticos, un proceso reforzado por la sustitución del ciudadano activo por el consumidor satisfecho, pasivo.

¹⁷ El objetivo de esta asociación, nacida en Clichy-sous-Bois, el lugar del origen de los disturbios, y cuyo acrónimo (Aclefeu viene de *Association du collectif liberté égalité fraternité ensemble et unis*) sugiere el mensaje de alto el fuego, es el de «Rallumer la flamme citoyenne dans les cités et donner la parole aux populations qui souffrent». Finalmente no se consiguió que la Asamblea recibiera esos *cahiers de doléances* y sólo la comisión senatorial que se ocupaba de los acontecimientos de 2005 concedió una audiencia informal a sus representantes.

¹⁸ Por eso, el politólogo francés habla de procesos de «deselección», más allá incluso de la lógica de descarte que se produce en las elecciones a dos vueltas, como las presidenciales francesas.

El vínculo político, un lazo estrecho con la sociedad política (en su origen, la ciudad), se ha convertido en un adjetivo menor, porque la condición de ciudadano no tiene apenas nada que ver con el ejercicio de la soberanía, con el protagonismo en la toma de las decisiones relevantes para todos, las decisiones públicas *qua* comunes y relevantes. El debate político en serio es sustituido por la propaganda en torno al simplismo securitario, por el retorno casi desnudo del *motto* hobbesiano del miedo a la guerra civil (el miedo político por antonomasia), por la amenaza del enemigo interior (en todo caso, el enemigo *ad portas*) y eso es lo que justifica su problematización en términos de cuestión migratoria, de la amenaza de la invasión por los diferentes –e incompatibles– con nuestro modo de vida (mercado, derechos, democracia), en un contexto de adelgazamiento de los recursos que ya nos obliga a apretarnos el cinturón, como para que encima otros pretendan apropiarse de nuestras migajas del pastel. Pero el incremento de quienes se ven ajenos al juego democrático es el cáncer político por antonomasia. Un mal que no se va a curar con el maquillaje de operaciones tácticas y «puntuales» de acercamiento al lenguaje y a las preocupaciones de los manidos «ciudadanos de a pie». Entre otras cosas, porque los ciudadanos en cuestión, excluidos de la capacidad de jugar al juego político salvo en las periódicas citas electorales, tienen sin embargo cada vez más información y formación sobre lo que sucede y por tanto pueden juzgar con mayor claridad y dureza la inadecuación de las viejas reglas. Esta democracia de rechazo no se puede sostener mucho más sin cambios en profundidad.

¿Hay síntomas de esa transformación en el horizonte francés? Es muy pronto para saberlo, pero cabe aventurar que no. Pese al dato positivo de la participación, no se advierten elementos de renovación del discurso y de la práctica política, salvo que entendamos por ello la verosímil adopción de una política de reformas liberales que emprenderá el nuevo presidente, Sarkozy. Pero eso es algo muy distinto de la renovación democrática, de la política inclusiva y participativa que sería necesaria.

A mi juicio, la deriva hacia un planteamiento abstracto de las cuestiones de la identidad, el orden, la cohesión y el orgullo nacional-republicano que se vivió en las elecciones presidenciales, es una buena ilustración de todo lo anterior. La estrategia del candidato finalmente ganador, Sarkozy, fue elocuente. Pese a su pretensión inicial de encarnar la unidad republicana, por encima de adscripciones etnoculturales espúreas (sólo existe *un pueblo* francés), e incluso de viejas disputas ideológicas (el socorrido argumento de que izquierda y derecha son categorías del pasado), Sarkozy, se decantó cada vez más hacia los caladeros de la derecha –incluso extrema, es decir, los de Le Pen (o Villiers)–, hacia la defensa de la identidad amenazada, la recuperación de la *grandeur*, la obsesión por la francofonía, la prioridad de los connacionales frente a los inmigrantes presentados como gorriones que en realidad no aman a Francia sino que sólo tratan de exprimir sus recursos, etc. El mensaje de ruptura que encarnaba Bayrou recibió un apoyo significativo, pero insuficiente. Y la modesta ruptura que podría suponer Royal se debilitaba ante la resistencia de una parte del aparato de su propio partido, que la percibe como peligrosa precisamente en cuanto «mujer libre», su mensaje más revelador. Los resultados de la primera vuelta premiaron la estrategia del candidato de la UMP. Eso significa que si Sarkozy alcanzó tan buenos resultados es porque contaba en buena medida con el voto de Le Pen y que Bayrou obtuvo votos no sólo de Sarkozy, sino de Royal, tanto de votantes socialistas a los que convenció el mensaje de desgaste contra Royal lanzado incluso

por sus propios correligionarios, como de los ciudadanos que esperaban de ella una renovación democrática que finalmente les parecía poco viable si Royal no lograba imponerse en el PS.

En suma, no parece que los resultados de las presidenciales propicien un cambio como el que probablemente se necesita. A la vista queda que el principal resorte de Royal no era tanto la ruptura democrática y el atractivo de un programa cuanto el miedo que provocaba un candidato agresivo. Eso no fue suficiente para generar adhesión, algo difícil cuando no se formulan propuestas suficientemente claras y concretas.

Por su parte, Sarkozy, que sí propuso tesis, incluso tesis fuertes que provocaban rechazo de algunos sectores, fue consciente de que el único obstáculo que le separaba de la presidencia era precisamente el de suscitar rechazo por un mensaje como el suyo (evidentemente, también por la memoria de su actuación como ministro del Interior) que, lejos de *rassembler* («unidos todo es posible») provocaba en muchos ciudadanos el miedo a fragmentar e incluso enfrentar aún más a la sociedad francesa. Su problema no era que le pudiera ganar la izquierda, porque la izquierda, según se vio en los resultados de la primera vuelta y se confirmó en la segunda, no representa hoy por hoy una mayoría suficiente. Su dificultad consistía en seguir ofreciendo firmeza –precisamente, como han confirmado los votos, lo que quería el país, fuerza para salir de la crisis– pero sin agresividad. Eso explica su discurso en la noche del 22 de abril, en el que Sarkozy evocó casi literalmente el famoso argumento de Juan Pablo II –«no tengáis miedo»–, prometiendo protección, compasión y amor a todos aquellos que se sintieran presa del miedo, de la incertidumbre, de la precariedad. Finalmente Sarkozy se ha impuesto. Las primeras semanas parecen acreditar, además de un notable estado de gracia ante la opinión pública y una considerable habilidad estratégica para dismantelar a la oposición, un perfil de activismo sin tregua, sobre la base de una firme decisión de asentar a fondo un modelo presidencialista de República en el que el Consejo de Ministros es una *longa manus* –una comisión ejecutiva– de El Elíseo. Pero si, como parece posible, más allá de la política de gestos, se aplica en las políticas de ajuste que no ha escondido en su programa y en aras a la coherencia las impone sin negociación, no es descartable que a la vuelta de un tiempo la revuelta se pueda reproducir. Porque el mal sigue ahí ■